

El valor de la amistad

Milena Busquets logra en «Gema» un canto a los amigos de la infancia y la adolescencia con la muerte como punto de partida

Jaime Roch

»

Adentrarse en las páginas del *Gema* de Milena Busquets (Anagrama, 2021) es conocer el valor de la amistad, el peso en el recuerdo de una relación humana, de esa telaraña de sensaciones y experiencias que produce el hecho de relacionarse. Leerlo es entender que vivir es tener y tenerse, es apreciar la mera capacidad de nutrirse, moverse o crecer gracias a otra persona, esa que alcanza el libre protagonismo para hacer una vida memorable

Ya lo dejó escrito García Márquez en 1928 en la revista *Visión*, en su artículo «Cien años

de un pueblo»: «Yo escribo simplemente para que mis amigos me quieran mucho y para que los que me quieren mucho me quieran más. Por eso hago lo posible para que mis cuentos sean tan sencillos y bien armados, y tan fascinantes para los adultos».

La narradora, traductora de profesión, envidiaba a esas personas que dedicaban parte de su tiempo a la amistad, que la cuidaban y cultivaban, que depositaban en ella sus esperanzas y las veían cumplidas: «La amistad es un juego demasiado sutil para mí, las apuestas son siempre demasiado bajas, el precio a pagar demasiado alto. Detesto a los que afirman ser muy amigos de sus amigos, son como

los tíos que aseguran ser grandes amantes», expone.

Pero la novela de Busquets también vive adosada a la muerte, como la propia vida. Porque la muerte en sí misma es una modalidad ontológica de lo humano, un hecho inviolable y esperado en el devenir de la existencia. Por eso, una sombra espectral y difunta preside la obra, sin dejar de lado el vitalismo que aporta la inmortalidad, el recuerdo que hace inolvidables a las personas: «Los muertos envejecen, algunos más deprisa que los vivos, pero los muertos de mi vida, como los amores de mi vida, eran incorruptibles», escribe.

La delicadeza y la elegancia de su escritura, sin giros ni efectismos, recuerda a Natalia Ginzburg en *Las pequeñas virtudes* (Lumen, 2008) y en su *Querido Miguel* (Lumen, 1989), un libro que la madre de Milena, la editora Esther Tusquets, siempre insistió que leyese y no lo hizo hasta después de casi 30 años. Las descripciones, con ese perfume de Juan Mar-

sé, también marcan la diferencia porque te introducen dentro de la obra y ofrecen la dimensión exacta de su literatura.

Más en concreto, la autora catalana arma un texto ágil, sencillo y con una madurez literaria desbordante. Es un monumento bellísimo, conmovedor, implacable y profundo que nos pone en el espejo de la fragilidad humana. Incluso se podría afirmar que *Gema* es la tumba de la protagonista, con su tamaño justo de 150 páginas, porque no hay que olvidar que la mayoría de novelas no son más que necrológicas, un género periodístico tan difícilísimo que el periodista acaba hablando antes de él que del propio muerto

Y eso es lo que también pasa en el libro, porque la narradora descubre sus vacíos existenciales a través de la protagonista, una niña que había vivido durante quince años, había sacado excelentes notas en el Liceo Francés, se había enamorado, había sido sensible, obediente y apasionada pero unas vacaciones de Navidad desapareció del co-